

JUAN YANNI

# CULPA



CULPA no es un thriller más dentro del universo de la novela negra, es un texto que remite a un crimen brutal en el entorno duro, mágico y peligroso del Camino de Santiago. Comienza con una pista terrible de una muerte. A partir de ese momento, el autor nos sitúa en la etapa inicial del Camino de Santiago. Saint Jean Pied de Port en la Aquitania francesa, una de las más duras y peligrosas del recorrido. Un thriller misterioso y apasionante con unos inesperados giros que atrapan al lector desde el primer capítulo. En CULPA aparecen flashbacks de un duro pasado en un colegio religioso de los setenta; la trama se entrecruza con la incorporación de varios personajes: Juan Azcárate, un exitoso propietario de una agencia de comunicación en Madrid y dos expertos en criminología, el inspector Flores y la inspectora de la Policía Foral de Navarra, Idoia Iturri. Dinero, poder, corrupción, sexo, abusos, traumas de la infancia. Una ficción española actual, que engancha de principio a fin: adictiva, trepidante y cautivadora con un final inesperado y sorprendente.

«La adversidad tiene el don de despertar  
talentos que en la comodidad hubieran  
permanecido dormidos»  
Horacio

# 1

## TORCACES

Son las siete de la mañana.

Suena el despertador como casi todos los días del mes de octubre.

A diferencia de cualquier otro día laborable, no le cuesta incorporarse de un salto de la cama. Lo primero que hace es abrir las dos puertas de madera de la contraventana y otear el tiempo que hace. Está nublado, pero parece que se trata de una niebla baja, ya que un cielo azul se divisa a lo alto, a través de una especie de claraboya que se dibuja en las nubes de la mañana. El viento es sur, el que esperaba y el que necesita.

Le duele algo la cabeza, pero no le importa, «sarna con gusto no pica».

Se viste rápidamente, prescinde de la ducha y se pone ropa de abrigo: pantalones de pana, camiseta, camisa de lana y tres jerséis por encima. Un par de calcetines y botas de montaña; el resto, chaleco de plumas y parka, guantes y gorro de lana le esperan en el coche. Los va a necesitar encima del árbol.

Llegó ayer desde Madrid, vía Pamplona. Cogió el coche y recorrió los cuarenta kilómetros que unen la capital navarra con Roncesvalles, en el Pirineo navarro, cuna del Camino de Santiago. Disfruta conduciendo por esa carretera, con puertos de montaña que serpentean hacia arriba y donde solo es posible adelantar en sitios muy concretos.

De hecho, piensa que podría conducir con los ojos cerrados.

Quizás sí le molesta algo más la cabeza de lo que pensaba. Su amigo, el dueño de la posada donde se hospeda, no tenía intención de dejarle ir a su habitación a una hora prudente y le engañó con algo típico de estos pueblos, la espuela, la última copa: un patxarán, un vodka-tónica... junto con una conversación que rememoraba batallas pasadas con anécdotas repetidas año tras año. Fue una conversación solo para dos.

Cierra la puerta tras de sí, sin llave, aquí no hace falta, y camina por el pasillo casi a oscuras. Conoce el recorrido. Baja las amplias escaleras de madera y cerámica hasta la planta baja y abre el amplio portón que da a la calle. Antes de dirigirse al coche, se dirige hasta la parte de atrás de la casona, al lado de la huerta y de un pequeño riachuelo, desde donde se divisa el valle y las montañas. Estaba en lo cierto, una neblina baja inunda el valle, con el cielo azul naranja del amanecer asomando por encima formando una espectacular estampa.

Comienza a andar hacia el coche con ese nudo en el estómago que le es tan familiar desde hace muchos años, desde que su padre, cuando él era un niño, se la transmitió.

Antes, entra en un pequeño garaje adyacente para buscar a su compañero de mañana, Beto, un magnífico braco alemán. Se alegra al verle, parece compartir la emoción de su amo.

Arranca el coche, el termómetro exterior marca cero grados centígrados. Posa su mirada sobre el cartel que señala la distancia a Santiago de Compostela, setecientos treinta y ocho kilómetros y ve a un peregrino que prepara sus aperos para iniciar la marcha, su primera o segunda etapa del camino, dependiendo de que haya iniciado su aventura desde la localidad francesa de Saint Jean de Pied de Port o de Roncesvalles. De conocer bien esta zona, sabe que hay muchos caminantes que evitan la etapa francesa,

dado que es un recorrido de veinte kilómetros atravesando senderos por el monte, en continua subida y donde es muy fácil perderse, máxime si el tiempo no acompaña, algo frecuente en esta zona de los pirineos. Le vienen a la mente varias desapariciones y muertes en los últimos años en ese tramo, generalmente debido a imprudencias de peregrinos que no se toman en serio las inclemencias del tiempo en días de frío y ventisca con tormentas de nieve que hacen que te desorientes, pierdas el estrecho camino y mueras por hipotermia.

No sabe por qué le han venido estas historias concretas a la cabeza, observándole, pero enseguida comienza a pensar en lo suyo mientras esboza una sonrisa.

Conduce despacio, bajando la ventanilla, para que el helado viento le acabe de despertar. Conforme asciende el pequeño puerto de montaña, la niebla se va disipando convirtiéndose en bruma y cuando llega al Alto ha desaparecido por completo. Para el coche, desciende y disfruta de una incomparable vista. Un mirador desde el que se divisa todo el valle con Francia a lejos. Al otro lado observa las ovejas que pastan en lo alto de la colina, signo de que el tiempo que se espera es bueno. El viento sacude su cara, suave pero enérgicamente, confirmando que viene del sur. Sonríe.

Sube al coche y conduce doscientos metros hasta un pequeño camino a su derecha; acostumbra a conducir rápido, se lo conoce, aminorando las marchas en las curvas, pues apenas caben dos coches por ese camino rural. Le gusta ese trayecto entre hayas centenarias y más todavía ahora, en la segunda mitad de octubre, con la caída de la hoja, que hace del bosque un lugar encantador, mágico y, también, resbaladizo.

Tras tres kilómetros, aparca su coche bajo unas hayas, bien resguardado.

Abre el maletero y Beto salta excitado. Se pone la chamarra, los guantes de lana, se cala un gorro y coge su mo-

chila. Se cuelga al hombro una escopeta enfundada y camina hacia el interior del bosque. Las hojas crujen debido a la escarcha de la mañana. Pasados ochenta metros encuentra su haya. Comienza a ascender a ella a través de su empinada escalera de madera. Lo hace con determinación, pero con prudencia. No es la primera vez que ha habido un accidente al partirse un peldaño por la humedad. Es un haya imponente. Ascende treinta metros hasta lo alto, abre una portezuela y entra en el cubículo de madera forrado de helechos.

Se incorpora, deja la mochila sobre un pequeño banco, descuelga su escopeta y le quita la funda. Lo primero que hace es cargarla. Dos cartuchos. Perdigón del siete. Se siente orgulloso de su escopeta paralela marca AYA, realizada y fundida en las fábricas armeras de Eibar, en Guipúzcoa, y heredada de su padre. Treinta años hace ya.

Asomado desde lo alto del magnífico árbol y, a pesar de haberlo visto muchas veces, todavía se asombra de la belleza del valle a sus pies.

Está solo en las alturas. Está feliz. Comienza a recordar cuándo fue la primera vez que subió a un árbol con una escopeta, debía tener ocho o nueve años. Cazó su primera paloma torcaz, quizás con doce años, con la escopeta de catorce milímetros de un solo cartucho que su padre le regaló. Es la única caza que le gusta. Detesta la mayor. Cosas que se heredan.

Un silbido le pone alerta. Se protege tras los helechos y se queda inmóvil. Un mínimo gesto y las palomas giraran y se dejarán llevar de vuelta a Francia gracias a ese viento sur que ahora les da de cara y del que tratan de protegerse volando a ras de las copas de los árboles.

No las ha visto. Por la izquierda aparece un bando formado por unas veinte torcaces. Reacciona rápido y dispara sus dos tiros. Ve caer una paloma a unos cien metros delante del árbol. Se conforma. No ha hecho doblete, pero para ser los primeros disparos de la mañana parece que ha co-

brado su primera pieza. Aunque el resto dependerá del braco alemán, dado que debajo del haya hay un barranco muy pronunciado que desciende hasta la carretera que lleva a la frontera con Francia. Hay que tener un buen perro si no queremos que los zorros engorden a nuestra costa. Antes tuvo un epagneul breton pero cobran de todo, hasta la caza ajena.

No puede verlo, pero escucha el perro, ladera abajo, no hace falta que se le dé una señal. La calma del monte se ha interrumpido súbitamente por esos dos fogonazos y el ruido de la hojarasca producido por la loca bajada de Beto.

El día es precioso. Son las ocho menos cuarto de la mañana. A lo lejos divisa un bando de torcaces en dirección a unas peñas. Giran por detrás y desaparecen. Llevan una dirección distinta. Lo sabe bien. Su vuelo les conducirá a través de las costas vasca y francesa y los surfistas que estén cogiendo olas en este magnífico día, disfrutarán de su vista en una hora. Son bandadas de palomas que pueden alcanzar los mil ejemplares. Todos los años en el mes de octubre, esta ave migratoria emprende su camino hacia climas más cálidos donde pasar el invierno, atravesando España y en dirección al norte de África, abandonando las bellotas de las que se abastecen en las Landas Francesas. Con la cercanía de la primavera realizarán la ruta contraria, la contrapasa, buscando temperaturas más livianas.

Ensimismado en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que hace diez minutos que no oye ruido alguno. Su perro de caza suele ser muy rápido cobrando las piezas.

Grita su nombre. Nada. Silencio. Es raro, ni siquiera escucha la campanilla que lleva anudada al collar. Pasan diez, quince minutos y comienza a inquietarse. Cinco minutos después decide bajar.

Llega al suelo y sigue voceando su nombre. Comienza a descender por el barranco, pero se da cuenta de que no es buena idea. A la pronunciada bajada se suman las hojas recién caídas del otoño y la helada de la mañana.



Continúa gritando. A lo lejos escucha un tintineo. Respira aliviado. La campanilla suena más cerca, hasta que finalmente lo divisa, emergiendo de la niebla del amanecer, a unos sesenta metros de distancia. Parece que ha cumplido su labor: lleva algo en su hocico. Ya lo tiene a escasos metros. Ha cobrado la pieza. Pero la tez del hombre se va quedando lívida en cuanto se acerca. Lleva una mano humana en la boca. En descomposición. Se agacha y vomita.

La clase está terminando. El niño se encuentra tensamente recostado en su incómodo pupitre. Las matemáticas no son su asignatura favorita, le gustan otras más creativas, que le ayudan a transportarse en el tiempo, a otros lugares, con otros personajes, lejos de esta triste y gris aula. Sus favoritas son la literatura, la geografía y la historia. Le hubiera gustado la música, pero el padre Erro, encargado de formar el coro de la escolanía del colegio, realizó hace poco las pruebas a toda la clase y a él le dejó claro que su oído no había nacido para esos menesteres.

Pero su inquietud no viene dada por las derivadas, los senos o los cosenos, sino que es debida a que el hermano Urdanibia le ha citado después de clase en su despacho para hablar de su marcha académica. Menudo coñazo, piensa.

No le gusta ese cura, su mirada torva y sus accesos de ira. Más de una vez ha comenzado a golpear a un compañero suyo hasta casi hacerle perder la conciencia; sí, se trataba del bufón de la clase, pero no se merecía esa tunda desproporcionada y colérica que recibió. La España de los setenta.

Termina la clase y el niño se dirige a las dependencias del hermano, ubicadas en la última planta del colegio.

Golpea la puerta con sus nudillos y desde dentro recibe un seco «entre».

Accede al interior. El despacho consta de una recia mesa de madera con una silla a cada lado. En la pared cuelga un crucifijo que se encuentra ladeado, fuera de sitio: su primer pensamiento es el de ponerlo perfectamente alineado porque, aunque tiene un lado creativo, su padre le ha inculcado la perfección; es conservador de obras de arte y una de sus labores es restaurar retablos de iglesias.

A la derecha se encuentra un estrecho catre y el niño entiende que el despacho del cura es también su habita-

ción.

*Este aparece por una puerta al fondo, seguramente del cuarto de baño y se sienta al borde la cama. Con un gesto y un golpeo en el colchón le pide que se siente a su lado. El niño obedece y lo hace. Comienzan a hablar de su marcha en la asignatura, pero pronto se desvía hacia temas personales. Le sorprende el cambio de tono en la voz y las formas, ahora es meloso y dulce. No sabe qué le desagrada más. Quizás lo prefiere iracundo. Comienza hablando de fútbol, si le gusta jugar, cuál es su equipo favorito, sus mejores amigos, a qué se dedican sus padres, si tiene hermanos: se queda con que tiene una hermana un año más pequeña. El cura se acerca, nota el olor a rancio de su sotana, su aliento es fétido y las comisuras de sus labios están pobladas de baba espesa. Le pregunta si alguna vez la ha visto desnuda. El niño pone cara de incredulidad y sorpresa; el asco se lo guarda, pero aun así, asiente. De repente una mano se posa en la parte superior de su pierna mientras le pregunta si el verla desnuda le provoca una erección...*

*Cuando el niño abandona la estancia cabizbajo y sucio, entiende por qué el Cristo de la pared no estaba en su sitio.*

*Una idea le viene a la cabeza: Dios estaba demasiado ocupado y no podía pensar en él.*

## 2 AZCÁRATE

—Alexa, buenos días —dice arropado entre las sábanas y sin mover un solo músculo.

—Buenos días, Juan —contesta la voz siempre amable de su asistente virtual—. Son las nueve de la mañana. Hoy es lunes, veintitrés de septiembre. En Madrid ahora mismo hay una temperatura de siete grados celsius con cielos nublados. A lo largo del día se prevén nubes con posibilidad de chubascos, con máximas de doce grados celsius y mínimas de cuatro grados.

—Alexa, gracias —dice sabiendo que es del todo innecesario.

—Ya sabes que me encanta ayudarte —contesta el altavoz imprimiendo a su respuesta lo que le parece un cierto aire de agradecimiento.

«¿Un cierto aire de agradecimiento? Estás fatal», piensa mientras salta de la cama con una sonrisa. Necesita un café con urgencia para disolver los restos de tequila del fin de semana «Nunca más...».

Es el único día de la semana en que se permite no madrugar. Le gusta comenzar la semana descansado. Desde que se encuentra soltero, los fines de semana son muy intensos y prefiere llegar a la oficina fresco y con la mente en forma. La empresa es suya y en su cabeza trabaja las veinticuatro horas del día.

Hace frío. Estamos en el inicio del otoño. Está siendo un mes de septiembre anormalmente fresco. Se pregunta por

qué las comunidades de propietarios no ponen la calefacción. Da igual que te congeles, hasta noviembre no se enciende. Lo mismo pasa en marzo, cuando se quita sí o sí, da igual que los meses de abril o mayo sean heladores. No lo entiende, como tampoco el armario de ropa para verano y el de invierno: ¿si hace frío en mayo o junio, no te puedes poner un abrigo?

Para más inri, acaba de recordar que cuando llegó a casa anoche se encontró una notificación en el portal de corte de agua, por tareas de mantenimiento, de diez a doce horas.

Juan Azcárate vive en un ático cuya entrada está en la Plaza de la Lealtad, pero con vistas espectaculares al otro lado, al Museo del Prado, el Jardín Botánico y los Jerónimos.

Otra rutina de los lunes, antes de dirigirse a su oficina, es saltar de la cama, calzarse las zapatillas y hacer un recorrido de cuarenta y cinco minutos de *running*. Se calza sus Nike Pegasus y se abriga bien. No olvida incluir un par de euros. Todos los corredores saben por qué. Enfila por el Paseo del Prado, continúa por Ronda de Atocha, Puerta de Toledo, Bailén, Plaza de Oriente, Ópera, sube por la calle Caños del Peral, Plaza de Santo Domingo, desciende Gran Vía hasta llegar a la Puerta de Alcalá, donde para a comprar los periódicos que le reserva José, el kioskero. Continúa ya caminando por Alfonso XII, desciende Antonio Maura y fin de recorrido, ya está en la puerta de su casa. Cuando lo comenta, sus conocidos no entienden por qué no hace *footing* en el Parque del Retiro y su respuesta siempre es la misma: porque se aburre más y disfruta cruzándose con gente por la calle, descubriendo barrios y lugares que no conoce, improvisando recorridos. Esto lo practica en todas las ciudades del mundo a donde viaja, y, en el caso de no conocerlas, le permite orientarse por ellas al día siguiente de su llegada. Le viene a la memoria el pasado año, cuando estaba cruzando el Atlántico con su velero y pararon en

Cabo Verde, en el puerto de Mindalo, para repostar. El puerto se encontraba repleto, así que tuvieron que abarloadarse a otro velero, también de bandera española y cuyo armador conocía a toda su familia. Recuerda que pensó ¡como para venir con una pareja que no es tuya! y lo diminuto que es el mundo, nadie puede esconderse por mucho tiempo. Se calzó las zapatillas, saltó al muelle y comenzó a correr. Le sorprendieron los contrastes del humilde puerto con dos o tres restaurantes y discotecas de diseño estilo Philippe Starck y la pobreza de la calle posterior con su humilde mercado. Siguió corriendo bordeando la playa y comenzó a cruzarse con canes sin dueño, que husmeaban en busca de comida y que le miraban fijamente cuando pasaba. Estaba lleno de malditos perros tipo presa canario. Así que, recuerda sonriendo, volvió sobre sus pasos a su comfortable *ketch*, de donde no había salido en siete días y de donde no iba a salir en los siguientes catorce hasta su llegada a St. Barth.

El agua fría le despierta súbitamente de sus pensamientos.

### 3

## DIÁFANO

Juan sale de su casa en dirección al trabajo. Se encuentra de buen humor y eso lo traslada a su forma de vestir. Cuando necesita elegancia y seriedad al mismo tiempo, siempre opta por el azul, en realidad el azul oscuro casi negro ansiado de aquella película de Daniel Sánchez Arévalo. Pero hoy, acorde con el día soleado de otoño que luce en Madrid, ha elegido un traje de lana verde de Holland and Sherry realizado a medida por su amigo Tomás, de Absolute Bespoke.

Baja las elegantes y espaciosas escaleras de mármol de su edificio y mientras lo hace, piensa en la pareja de americanos que la semana pasada le ofreció casi dos millones de euros por su modernísimo ático. Un precio absurdo por ciento veinte metros cuadrados y más para una pareja de setenta y sesenta años a los que no imagina viviendo ahí; sonríe pensando en la empinada y peligrosa escalera sin barandilla que serpentea hasta el piso superior. De todas formas, no tiene intención de venderlo.

Sale del portal, comienza a caminar y saluda al portero del Hotel Ritz como todas las mañanas. Se mantiene en forma. Nunca ha sido de desayunar y además, desde hace poco, practica la dieta 16/8: no come nada en dieciséis horas desde la cena; como acostumbra a cenar pronto, no le cuesta esfuerzo. Por la mañana sólo ingiere un par de cafés y luego almuerza frugalmente. Reserva la comida fuerte del